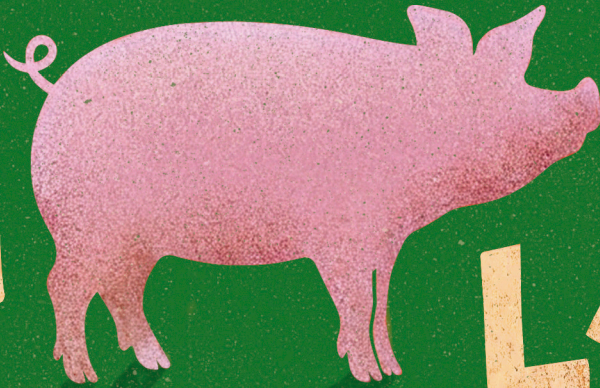


★ GEORGE ORWELL ★

REBELION
EN LA
GRANJA



BÄRENHAUS

GEORGE
ORWELL

★ REBELIÓN
EN LA GRANJA ★

BÄRENHAUS
EDITORIAL

BÄRENHAUS

ÍNDICE

Capítulo I.....	9
Capítulo II.....	21
Capítulo III.....	33
Capítulo IV.....	43
Capítulo V.....	51
Capítulo VI.....	65
Capítulo VII.....	77
Capítulo VIII.....	93
Capítulo IX.....	111
Capítulo X.....	125

CAPÍTULO I

El señor Jones, dueño de la Granja Manor, cerró a la noche los gallineros, pero estaba tan borracho que dejó abiertas las ventanillas trampa. Con la luz del farol bailoteando de un lado a otro cruzó el patio, se quitó las botas ante la puerta de atrás, se sirvió una última copa de cerveza del barril que estaba en la cocina y se fue derecho a la cama, donde ya roncaba la señora Jones.

En cuanto se apagó la luz en el dormitorio comenzó el alboroto en toda la granja. Durante el día se corrió la voz de que el Viejo Mayor, el cerdo premiado, había tenido un sueño extraño durante la noche anterior y deseaba comunicárselo a los demás animales. Se habían puesto de acuerdo que se reunirían todos en el granero principal cuando el señor Jones se hubiera retirado a descansar y no pudiera molestarlos. El Viejo Mayor (así lo llamaban siempre, aunque en la exposición ganadera lo habían presentado con el nombre de Wellington Beauty), era tan altamente respetado en la granja, que todos estaban dispuestos a perder una hora de sueño para oír lo que él tuviera que decirles.

En un extremo del granero principal, sobre una especie de plataforma elevada, Mayor se encontraba ya instalado en su lecho de paja, bajo un farol que colgaba de una viga. Tenía doce años de edad y últimamente se había puesto bastante gordo, pero aún era un cerdo majestuoso de aspecto sabio y benevolente, a pesar de que nunca le habían limado los colmillos. Hacía rato que habían comenzado a llegar los demás animales y a colocarse cómodamente, cada cual a su manera. Primero llegaron los tres perros, Bluebell, Jessie y Pincher, y luego los cerdos, que se arrellanaron en la paja delante de la plataforma. Las gallinas se posaron en el alféizar de las ventanas, las palomas revolotearon hacia las vigas, las ovejas y las vacas se echaron detrás de los cerdos y se pusieron a rumiar. Los dos caballos de tiro, Boxer y Clover, entraron juntos, caminando despacio y apoyando con mucho cuidado sus enormes cascos peludos, por temor a que algún animalito estuviera oculto entre la paja. Clover era una yegua corpulenta, entrada en años y de aspecto maternal, que no había logrado recuperar su silueta después de parir a su cuarto potrillo. Boxer era una bestia enorme, de unos dieciocho palmos de altura y tan fuerte como dos caballos normales juntos. Una mancha blanca a lo largo del hocico le daba un aspecto estúpido y, por cierto, no era muy inteligente, pero sí respetado por todos debido a su firmeza de carácter y a su tremenda capacidad de trabajo. Después de los caballos llegaron Muriel, la cabra blanca, y Benjamin, el burro. Benjamin era el animal más viejo y de peor genio de la granja. Rara vez hablaba, y

cuando lo hacía, generalmente era para hacer alguna observación cínica; podía llegar a decir, por ejemplo, que Dios le había dado una cola para espantar a las moscas, pero que él hubiera preferido no tener cola y que no existieran las moscas. Era el único de los animales de la granja que jamás reía. Si se le preguntaba por qué no lo hacía, contestaba que nunca encontraba algún motivo para hacerlo. Sin embargo, aunque no lo admitía abiertamente, sentía afecto por Boxer; los dos pasaban, generalmente, el domingo juntos en el pequeño prado detrás de la huerta, pastando hombro a hombro, sin hablarse.

11

Apenas se echaron los dos caballos cuando un grupo de patitos que habían perdido a su madre entró al granero piando débilmente y yendo de un lado a otro buscando un lugar donde no hubiera peligro de que los pisaran. Clover les hizo una especie de pared con su gran pata delantera y los patitos se acurrucaron allí durmiéndose enseguida. A última hora, Mollie, la bella y tonta yegua blanca que tiraba del coche del señor Jones, entró cadenciosamente mascando un terrón de azúcar. Se ubicó delante, coqueteando con su nivea crin con el fin de llamar la atención hacia los moños rojos con que había sido trenzada. La última en aparecer fue la gata, que buscó, como de costumbre, el lugar más cálido, acomodándose finalmente entre Boxer y Clover; allí ronroneó a gusto mientras duró el discurso de Mayor, sin oír una sola palabra de lo que este decía.

Ya estaban presentes todos los animales, excepto Moses, el cuervo amaestrado, que dormía sobre una

percha detrás de la puerta trasera. Cuando Mayor vio que estaban todos y esperaban atentos, aclaró su voz y comenzó a hablar:

—Camaradas, ya se han enterado del extraño sueño que tuve anoche. De eso hablaré enseguida. Primero tengo que decir otra cosa. Yo no creo, camaradas, que esté muchos meses más con ustedes y antes de morir estimo que es mi deber transmitirles la sabiduría que he adquirido. He vivido muchos años, por lo que tuve bastante tiempo para meditar mientras estuve a solas en mi chiquero y creo poder afirmar que entiendo la naturaleza de la vida en este mundo tan bien como cualquier otro animal viviente. Respecto a eso deseo hablarles.

12 "Veamos, camaradas: ¿cuál es el sentido de la vida que llevamos? Mirémosla de frente: nuestras vidas son miserables, laboriosas y breves. Nacemos, nos dan sólo la comida necesaria para mantenernos con vida y a aquellos de nosotros que lo logramos nos obligan a trabajar hasta el último aliento de nuestras fuerzas; y en el preciso instante en que dejamos de ser útiles, nos matan con una crueldad espantosa. Ningún animal en Inglaterra conoce el significado de la felicidad o del placer desde que cumple un año de edad. Ningún animal es libre en Inglaterra. En la vida de un animal solo hay miseria y esclavitud; esa es la pura verdad.

"Pero ¿es eso realmente parte del orden de la naturaleza? ¿Es acaso porque nuestra tierra es tan pobre que no puede proporcionar una vida digna a todos sus habitantes? No, camaradas, una y mil veces no.

La tierra de Inglaterra es fértil, su clima es bueno; es capaz de dar comida en abundancia a una cantidad mucho mayor de animales que la que actualmente habitan en ella. Solamente en nuestra granja se podría mantener una docena de caballos, veinte vacas, centenares de ovejas; y todos ellos viviendo con una comodidad y dignidad que en estos momentos están casi fuera del alcance de nuestra imaginación. ¿Por qué, entonces, continuamos en esta mísera condición? Porque los seres humanos nos roban casi todo el fruto de nuestro trabajo. Ahí está, camaradas, la solución de todos nuestros problemas. Está todo involucrado en una sola palabra: el hombre. El hombre es el único enemigo real que tenemos. Quitemos al hombre de la escena y el motivo originario de nuestra hambre y exceso de trabajo será abolido para siempre.

13

”El hombre es el único ser que consume sin producir. No da leche, no pone huevos, es demasiado débil para tirar del arado y su velocidad para correr ni siquiera le permite atrapar conejos. Sin embargo, es dueño y señor de todos los animales. Los hace trabajar, les devuelve lo mínimo necesario para mantenerlos con vida y el resto se lo guarda para él. Con nuestro trabajo labramos la tierra, nuestro estiércol la abona y, sin embargo, no existe uno de nosotros que posea algo más que su simple pellejo. Ustedes, las vacas, que están aquí adelante, ¿cuántos miles de litros de leche le han dado este último año? ¿Y qué pasó con esa leche que debía servir para criar a sus terneros robustos? Hasta la última gota ha ido a parar a las gargantas de nuestros enemigos. Y ustedes,

las gallinas, ¿cuántos huevos han puesto este año y cuántos pollitos salieron de esos huevos? Todo lo demás ha ido a parar al mercado para producir dinero para Jones y su gente. Y tú, Clover, ¿dónde están esos cuatro potrillos que pariste, que deberían ser el sostén y solaz en tu vejez? Todos fueron vendidos cuando cumplieron un año; no los volverás a ver nunca más. Como recompensa por tus cuatro criaturas y todo tu trabajo en el campo ¿qué has recibido, exceptuando tus magras raciones y un establo?

”Y ni siquiera nos permiten cumplir con el fin natural de nuestras vidas miserables. Por mi parte yo no me quejo, porque he sido uno de los afortunados. Tengo doce años y tuve más de cuatrocientas crías. Ese es el destino natural de un cerdo. Pero ningún animal se salva al final del cruel cuchillo. Ustedes, los cerdos jóvenes que están sentados adelante, cada uno de ustedes va a chillar por su vida dentro de un año mientras los sacrifican. A ese horror llegaremos todos: vacas, cerdos, gallinas, ovejas; todos. Ni siquiera los caballos y los perros tienen mejor destino. Tú, Boxer, el mismo día en que tus grandes músculos pierdan su fuerza, Jones te venderá al descuartizador, quien te cortará el pescuezo y hervirá tu carne para los perros de caza. En cuanto a los perros, cuando estén viejos y sin dientes, Jones les atará un ladrillo al cuello y los ahogará en la laguna más cercana.

”¿No les resulta entonces claro, camaradas, que todos los males de nuestras vidas provienen de la tiranía de los seres humanos? Con sólo eliminar al hombre el producto de nuestro trabajo sería nuestro.

Casi de la noche a la mañana nos volveríamos ricos y libres. Entonces, ¿qué es lo que debemos hacer? ¡Trabajar noche y día, con cuerpo y alma, para destruir a la raza humana! Ese es mi mensaje, camaradas: ¡Rebelión! Yo no sé cuándo se producirá esa rebelión; puede de aquí a una semana o dentro de cien años; pero sí sé, tan ciertamente como veo esta paja debajo de mis patas, que tarde o temprano se hará justicia. ¡Enfoquen la vista en eso, camaradas, durante los pocos años que les quedan de vida! Y, sobre todo, transmitan mi mensaje a los que vendrán después, para que las futuras generaciones continúen la lucha hasta alcanzar la victoria.

15

”Y recuerden, camaradas: jamás deberán vacilar. Ningún argumento los debe desviar. Nunca escuchen cuando les digan que el hombre y los animales tienen un destino en común; que la prosperidad de uno es también la de los otros. Son mentiras. El hombre no sirve a los intereses de ningún ser, exceptuando el suyo. Es por eso que entre nosotros, los animales, es necesario que tengamos una perfecta unidad, una perfecta camaradería en la lucha. Todos los hombres son nuestros enemigos. Todos los animales son nuestros camaradas.

En ese momento se produjo una tremenda conmoción. Mientras Mayor estaba hablando, cuatro grandes ratas habían salido de sus cuevas y estaban sentadas sobre sus cuartos traseros, escuchándolo. Repentinamente los perros las divisaron y sólo gracias a una rápida carrera hasta sus cuevas lograron las ratas salvar sus vidas. Mayor levantó su pata para imponer silencio.

—Camaradas —dijo—, aquí hay un punto que debe ser aclarado. Los animales salvajes, como los ratones y los conejos, ¿son nuestros amigos o nuestros enemigos? Pongámoslo a votación. Planteo esta pregunta a la asamblea: ¿son camaradas las ratas?

16 Se pasó a votación inmediatamente, decidiéndose por una mayoría abrumadora que las ratas eran camaradas. Solamente hubo cuatro disidentes: los tres perros y la gata, que, como se descubrió luego, había votado por ambas tendencias. Mayor continuó:

—Me resta poco por agregar. Simplemente insisto: recuerden siempre el deber de enfrentarnos al hombre y a su manera de ser. Todo lo que camine sobre dos pies es un enemigo. Lo que camine sobre cuatro patas o tenga alas, es un amigo. Y recuerden también que en la lucha contra el hombre no tenemos que llegar a parecernos a él. Aun cuando lo hayan vencido, no adopten sus vicios. Ningún animal debe vivir en una casa, dormir en una cama, vestir ropas, beber alcohol, fumar tabaco, recibir dinero ni dedicarse al comercio. Todas las costumbres del hombre son malas. Y, sobre todas las cosas, ningún animal debe tiranizar a sus semejantes. Débil o fuerte, listo o ingenuo, somos todos hermanos. Ningún animal debe matar a otro animal. Todos los animales son iguales.

”Y ahora, camaradas, les contaré el sueño que tuve anoche. No estoy en condiciones de describirlo. Era una visión de cómo será la Tierra cuando el hombre haya desaparecido. Pero me trajo a la memoria algo que hace tiempo había olvidado. Muchos años atrás, cuando yo era un cerdo pequeño, mi

madre y las otras cerdas acostumbraban a cantar una vieja canción de la que sólo sabían la melodía y las primeras tres palabras. Conocí esa tonada en mi infancia, pero hacía tiempo que la había olvidado. Anoche, sin embargo, volvió a mí en el sueño. Y más aún, las palabras de la canción también; son palabras que, tengo la certeza, fueron cantadas por los animales de épocas remotas y luego fueron olvidadas durante muchas generaciones. Les cantaré esa canción ahora, camaradas. Estoy viejo y mi voz es ronca, pero cuando les haya enseñado la tonada, la podrán cantar ustedes mejor. Se llama *Bestias de Inglaterra*.

17

El Viejo Mayor aclaró su garganta y comenzó a cantar. Tal como había dicho, su voz era ronca, pero lo hizo bastante bien; era una tonada excitante, algo entre *Clementina* y *La cucaracha*. La letra decía así:

¡Bestias de Inglaterra, Bestias de Irlanda,
animales del valle y de la selva,
Oíd mis alegres nuevas,
Sobre vuestro futuro prodigioso!

*Tarde o temprano llegará la hora
en la que el hombre sea derrocado,
y las fecundas tierras de Bretaña
sólo serán pobladas por las Bestias.*

*Rotos caerán los aros que torturan la nariz
y de nuestros lomos los arneses
y se oxidarán el freno y las espuelas
y los crueles látigos no volverán a chasquear.*

*La cebada y el heno perfumados, la remolacha,
el trébol y la avena toda la cornucopia
de la Natura
desde ese día será solamente nuestra.*

*Más fresca será el agua y transparente
en los hermosos campos de Inglaterra,
y más suave la brisa, el día glorioso
en que las Bestias rompan sus cadenas.*

18

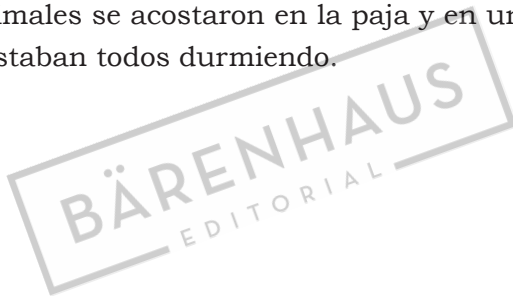
*Para ese día todos debemos trabajar,
aunque muramos antes de que amanezca;
vacas y gansos, pavos y caballos,
todos deben sumarse a esta empresa.*

*¡Bestias de Inglaterra, Bestias de Irlanda,
animales del valle y de la selva
Oíd mis alegres nuevas,
Sobre vuestro futuro prodigioso!*

El ensayo de esta canción puso a todos los animales en un estado de salvaje excitación. Casi antes de que Mayor llegara al final, ellos comenzaron a cantarla. Hasta el más estúpido ya había retenido la melodía y parte de la letra, y con ayuda de los más inteligentes, como los cerdos y los perros, aprendieron la canción en pocos minutos. Y luego, después de varios ensayos preliminares, toda la granja estalló en *Bestias de Inglaterra*, cantándola al unísono. Las vacas la mugieron, los perros la ladraron, las ovejas la balaron, los caballos la relincharon, los patos la

graznaban. Estaban tan entusiasmados con la canción, que la repitieron cinco veces seguidas y podrían haberla cantado toda la noche, si no los hubieran interrumpido.

Desgraciadamente, el alboroto despertó al señor Jones, el cual saltó de la cama creyendo que había un zorro en los corrales. Tomó la escopeta, que dejaba siempre en un rincón del dormitorio, y disparó un tiro en la oscuridad. Los perdigones se incrustaron en la pared del granero y la asamblea se levantó precipitadamente. Cada cual huyó hacia su lugar habitual de descanso. Las aves saltaron a sus perchas, los animales se acostaron en la paja y en un santiamén estaban todos durmiendo.





BÄRENHAUS
EDITORIAL